

América, que se preciaban de ser hijos sumisos de la Iglesia, sino los protestantes, los cismáticos y hasta los musulmanes contribuyeron con sus dones á la reedificación de la Basílica; junto á las columnas de granito, regaladas por un soberano católico, están las de alabastro oriental, ofrecidas por Memet-Ali, ó las lucientes láminas de malaquita, que parecen masas de esmeralda, enviadas desde el fondo de la Siberia por orden del emperador de Rusia Nicolas I. La perseverancia y ardiente celo de los Pontífices han dado feliz término, puede decirse, á una obra verdaderamente gigantesca. La Basílica de San Pablo es uno de los más grandiosos monumentos del Pontificado de Pío IX.

Los que no hemos conocido el antiguo templo, con sus ciento cincuenta columnas, sus pórfidos, sus mármoles preciosos, con la gótica severidad de sus cinco naves, que competían con los más grandiosos peristilos antiguos, no podemos comparar lo que es con lo que fué. Dado que siempre haya prevalecido el pensamiento de restauración exacta sobre el primitivo plan, no podía tampoco negarse á los insignes arquitectos, que han tenido las obras á su cargo, la necesaria libertad para introducir en ciertos detalles alguna variación de gusto discutible y de belleza no por todos igualmente apreciada. Quedan de la antigua, en la Basílica nueva, los mosaicos del siglo XIII, que adornaban la fachada, el pórtico de las doce columnas, el gran mosaico de Honorio III, que cubría el ábside del coro; en la nave de crucero el altar papal, de arquitectura gótica, sobre la confesión, donde están la mitad de los cuerpos de San Pedro y San Pablo: todo lo demás es nuevo; todo lo demás constituye la muestra solemne ofrecida en Roma por las bellas artes en la primera mitad del siglo XIX; falta la fachada: el ingreso actual á la Basílica se hace por una puerta de la nave de crucero.

¿Qué juicio puede y debe formarse, por esta muestra, de la fortuna á que llegan las bellas artes en nuestros días?

Á la Basílica de San Pedro contribuyeron también todas las naciones; en su plan trabajaron sucesivamente arquitectos que de diverso modo entendían y realizaban la idea de la belleza:

no años, sino siglos transcurrieron desde los primeros conatos de reedificación hasta que Paulo V pudo esculpir su nombre de familia en la fachada; y sin embargo, la Basílica de San Pedro obedece á un principio tan riguroso de unidad, por más que otra cosa quieran algunos decir; ofrece un todo tan armónico, á pesar de lo grandioso, que es preciso saber la historia de su reconstrucción para no decidir desde luego que obedece al pensamiento de un solo hombre, á la inspiración de una sola inteligencia.

No así la Basílica de San Pablo: sus proporciones sorprenden; su riqueza asombra; el resplandor de sus pavimentos y de sus muros hiere los ojos; la doble fila de retratos de los Papas llama la atención y despierta grandemente el interés; pero el conjunto no recrea el ánimo con aquella piadosa delectación, que va produciendo la bóveda de San Pedro, á medida que se avanza por la nave central, ó con aquel místico arrobamiento que infunden las sombrías catedrales de la Edad Media. Al penetrar en la Basílica de San Pedro, la vista se dirige instintivamente á lo alto, que es la mansión predilecta de las bellas artes en los siglos de la fe; al penetrar en la moderna Basílica de San Pablo, la vista no tiene altura en que deleitarse; no hay cúpula; el baldaquino casi toca en el techo; las bellas artes no se levantan del menguado nivel del hombre en el siglo del racionalismo y de la indiferencia. El espíritu católico de la generación presente ha dado espléndido testimonio de sí mismo, con su celo y con sus limosnas para la edificación de un templo colosal, largo de 120 metros, adornado de numerosas columnas, cubierto de mármoles de todas clases, donde refleja la luz como en anchos y limpios espejos; un templo, en fin, radiante de majestad y de riqueza; pero el genio de las artes, abatido bajo el peso de la contradicción y del escepticismo, que hoy dominan en la inteligencia humana, sólo ha podido ofrecer un monumento *rico*, cuando se afanaba por producir un monumento *bello*.

La vía Ostiense está llena de recuerdos, que forman como uno de los cantos más interesantes de la gloriosa epopeya del Apóstol de las gentes. En los remotos siglos había debajo de la Basílica, y antes de Constantino, debajo del oratorio de San Pablo, un cementerio, en que fueron depositados los cuerpos de

muchos mártires, cuyas curiosísimas lápidas é inscripciones, recogidas y publicadas en el siglo xvii por Bosio, indican que fué aquel lugar, en los días de las persecuciones imperiales, uno de los más devotamente venerados por los cristianos, los cuales á esta via Ostiense y á la colina Vaticana acudian diariamente para orar ante los trofeos de los apóstoles. El claustro del convento de San Pablo y el de Santa Sabina son acaso las dos únicas obras antiguas de estilo gótico que en Roma se conocen. En el sitio mismo donde San Pablo fué decapitado, y donde su cabeza rebotó por tres veces en el suelo, surgieron tres fuentes de agua cristalina y de diversa temperatura; hoy forman á manera de altares, en una modesta iglesia, que guarda tambien la columna á que el Santo estuvo atado hasta el momento del martirio: se llama esta iglesia *San Paolo alle tre fontane*: enfrente se halla la de Santos Vicente y Anastasio, erigida en el siglo vii en honor de estos santos mártires, y célebre por el monasterio que le fué anejo, y en donde San Bernardo puso de primer abad al monje Pedro Bernardo Pisano, que despues fué Papa con nombre de Eugenio III; el Papa mismo, para quien San Bernardo escribió el célebre libro *De Consideratione*, uno de los más insignes monumentos científicos y literarios de la Edad Media.

Como se ve, los Pontífices y los fieles en todos los siglos miraron con especial devoción este campo solitario de las *Aguas Salvias*, que santificó el martirio de San Pablo. Sugran Basílica se levanta fuera de la ciudad, al extremo opuesto del Vaticano y á la otra orilla del rio. Diríase que una y otra guardan, como inmortales centinelas, la nueva Roma, que San Pedro y San Pablo fundaron sobre las ruinas de la antigua. ¿Qué fué de Rómulo y de Remo? ¿Qué fué de los cónsules y de los emperadores?.....

Para los mártires del Vaticano y de la via Ostiense ha erigido el mundo católico dos templos, como no pudo concebirlos siquiera la antigüedad pagana; y su culto durará tanto como dure la Iglesia, cuya vida no depende de la voluntad de los hombres. Entre esos dos templos se asienta con la majestad de reina, la capital del orbe cristiano:

Hos inter Roma est, hic sedet exgo Deus.

EL CAMPO MARCIO.

LA CIUDAD ANTIGUA Y LA CIUDAD MODERNA.

I.

Todos los pueblos nacientes han buscado las alturas, como si las alturas fuesen las amigas naturales de la independencia y del reposo de los pueblos. La bajada desde las colinas á los valles, parece en la historia de las gentes una verdadera emigracion del seno apacible de la familia al torbellino y las ambiciones de la ciudad. Así se verifica en Roma. Al pié de los montes, donde hemos visto brotar y crecer la sociedad de Rómulo y de Numa, se extiende á la orilla izquierda del Tíber una llanura, destinada á ser el centro de la vida del pueblo-rey, teatro de sus grandezas, de sus locuras y de su muerte. Llamóse en un principio Campo de Marte por la divinidad á que estuvo consagrado: *Ager Tarquiniorum qui inter urbem ac Tiberim fuit consecratus Marti, Martius deinde campus fuit*, dice Tito Livio. En los últimos tiempos de la república, la magnificencia de esta region habia llegado á tal punto, que ya se distinguia el Campo de Marte, propiamente dicho, que servia para los ejercicios militares, del campo Marcio, que comprendia el inmenso barrio de los pórticos y los monumentos insignes; aquella explanada, que en los tiempos de Tiberio llegaría desde el Circo Flamínio, en la falda del Capitolio, hasta el Tí-